

El espíritu en Justo Sierra y en José Vasconcelos y el lema de la Universidad (Comentario filológico al texto de Ambrosio Velasco)

[The Spirit in Justo Sierra and in José Vasconcelos and the University's motto (Philological comment to Ambrosio Velasco's text)]

DOMINGO ALBERTO VITAL DÍAZ

Resumen:

Pensar en el presente y futuro de la Universidad Nacional Autónoma de México implica reflexionar sobre su pasado y los fundamentos ideológicos en los que se originó. Así lo propone este texto, el cual busca concatenar el trabajo analítico de Ambrosio Velasco en torno a las ideas y el trabajo fundacional de Justo Sierra y de José Vasconcelos con el propio acto de enunciar estas ideas en la actualidad. El comentario profundiza en el contexto histórico y cultural que dio origen al lema de la Universidad en 1921, “Por mi raza hablará el espíritu”, así como en su análisis filológico a partir del positivismo y del espiritualismo, corrientes que nutrieron este lema para cimentar la noción de “espíritu” como rectora de la unidad humanística y educadora a la que aspiró la Universidad desde sus primeros años de vida.

Abstract:

The examination of the present and the future of the National Autonomous University of Mexico implies reflecting on its past and the ideological foundations in which it was originated. This is what this text proposes by connecting the analytical work of Ambrosio Velasco about the ideas and the foundational work of Justo Sierra and José Vasconcelos with the act of enunciating these ideas nowadays. This comment deepens in the historical and cultural context that gave birth to the University's motto in 1921—“Through my race, shall the spirit speak”—and in its philological analysis from the standpoint of Positivism and Spiritualism—currents that in turn nurtured the motto and established the notion of “Spirit” as the motif of the humanistic and educational unity to which the University aspired to from its earliest years.

Datos del artículo:

Recibido: diciembre 2, 2025
Revisado: abril 9, 2026
Aceptado: abril 15, 2026
Publicado: mayo 14, 2026

Palabras clave:

raza, positivismo, espiritualismo, actos de habla

Keywords:

race, positivism, spiritualism, speech acts

Datos del autor:

Instituto de Investigaciones
Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México
albertovitalo4@yahoo.com.mx
orcid.org/0000-0003-2053-6403

1

Las páginas siguientes surgen tanto a partir de los valiosos enunciados escritos por Ambrosio Velasco como de su enunciación, esto es, del acto de emitirlos. Comenzaré con algunos comentarios acerca de los enunciados en el texto de Velasco y terminaré con una defensa de su enunciación.

En su agudo estudio sobre el liberalismo, los espiritualismos y el positivismo en años cruciales para la historia de México, Charles A. Hale dice sobre Justo Sierra, fundador de la Universidad Nacional de México, lo siguiente: “Aunque al final de la década de 1870 se había vuelto ya un ferviente positivista, nunca abandonó sus primeras inclinaciones espiritualistas” (Hale 2002, p. 281). Y esto anota Claude Dumas:

Del método científico en la enseñanza al método científico en política no había más que un paso, y Justo Sierra no tardó en darlo [...]. Pero, una vez más, [...] el espíritu de utilitarismo, que es a fin de cuentas, uno de los peligros de esta concepción materialista de la sociedad, se vio matizado en su caso por un deseo de espiritualismo [...]. (Dumas 1986, p. 448)

Sierra fue hombre de polémicas y pactos, de debates y de confluencias, y el espiritualismo era una especie de acuerdo tácito entre corrientes trascendentales, como la religión hegemónica, y corrientes de una época en fase de una secularización a la vez fuerte, parcial y discontinua.

Un positivismo poderoso en la Escuela Nacional Preparatoria y nunca exento de debates y de embates (como expone Velasco, citando a Antolín Sánchez Cuervo), resultaba cada vez más insatisfactorio para las jóvenes generaciones y menos capaz de resolver los dilemas políticos a los que se enfrentaba la nación conforme se avecinaba el inevitable fin de Porfirio Díaz. Ya en 1908 el Ateneo de la Juventud, donde pasaba lista José Vasconcelos, exigió una vuelta al espíritu que, en buena medida, no era otra cosa que un regreso a las humanidades —a la filosofía y a las letras, con un especial aprecio hacia Atenas y Roma—, desdeñadas por un cientificismo que reclamaba todo para sí y no respondía a las inquietudes y preguntas más importantes.

Recordemos asimismo los empeños de Wilhelm Dilthey en Alemania. Este filósofo de las ciencias y de la vida reflexionó acerca de la comprensión como base de las ciencias del espíritu, las *Geisteswissenschaften*: el solo maridaje de *Geist* (espíritu) y *Wissenschaft* (ciencia) dio a uno y a otra un impulso para su respectivo crecimiento en los ámbitos filosóficos y en los sitios y prácticas donde la filosofía podía tener algún

impacto. Igualmente, Dilthey caviló acerca de la cientificidad de los estudios históricos con un enfoque distinto al del positivismo. Esto ocurría hacia el último tercio del siglo XIX; en el primer decenio, *La fenomenología del espíritu* (1807) de Wilhelm Friedrich Hegel había puesto al espíritu (absoluto) como meta de la historia humana. La reacción materialista de Karl Marx y la vitalista de Friedrich Nietzsche, aunque demolidoras y casi en labor de pinza, no alcanzaron a destruir el concepto de espíritu. Con gran pertinencia, el texto de Velasco menciona otras fuentes para el tema del espíritu, como la obra de Edmund Husserl, que apareció después de Marx y de Nietzsche.

Pues bien, todas estas vertientes, debates y supervivencias nutren la palabra “espíritu” en el lema de la Universidad Nacional Autónoma de México. El entonces rector, José Vasconcelos, lo creó en 1921, y si la frase remata con esa palabra es porque “espíritu” procedía de una tradición que ya no era únicamente religiosa, sino secular e incluso científica y epistemológica, fenomenológica.

A la vez, el concepto mismo, de tan amplio, corría el riesgo de volverse inasible. Velasco nos habla de las dificultades en el siglo XIX para definir este vocablo estratégico. Ni siquiera los espiritualistas lo lograron: “Sin embargo, tampoco en el espiritualismo francés se puede encontrar una definición clara de espíritu” (Velasco 2026, p. 15). Esto nos lleva a un corolario que la filología conoce bien y al que me referiré cuando analice la palabra “hablará”.

La sentencia, casi imperativa, “Por mi raza hablará el espíritu”, tiene asimismo una raíz en el paradigmático ensayo *Ariel*, que desde Uruguay nos envió José Enrique Rodó el año natal del siglo XX. A ello se refiere Velasco:

En ese provincialismo latino del mundo hispánico, Rodó escribe a Unamuno que, en América, “todavía consideramos [a España] como el hogar venerable de nuestra raza y nuestro espíritu”. En este panorama de la cultura y raza latinas, América se presenta como la provincia o colonia de España, a su vez provincia de Francia. (p. 10)

Gracias a esta cita tenemos uno de los probables orígenes latinoamericanos de dos palabras en el lema: “raza” y “espíritu”. Velasco cita otro origen: Rafael Mondragón, experto en Francisco de Bilbao, resalta en este pensador chileno “un espíritu intrínsecamente pluricultural, mientras que [nos dice Velasco] en Vasconcelos se trata de un espíritu homogeneizador de culturas” (p. 16).

Ahora bien, de Bilbao y Rodó a Vasconcelos, pasados los años y muy diferentes las circunstancias, no estaríamos ante una subordinación, sino ante una cooperación entre España y América Latina, con predominio —eso sí, en Vasconcelos: el futuro Ulises criollo— de lo hispánico.

El lema y el escudo de la Universidad buscaban la unidad, la unificación, con un clarísimo ánimo expansivo y abarcador, muy en consonancia con la personalidad de quien por aquellos mismos meses fue capaz de recorrer un México aún convulso y muchas veces hostil y obtuvo la aprobación de suficientes cámaras locales, imprescindible para la apertura de la Secretaría de Educación Pública conforme al requisito o precepto constitucional.

Y es que, aunque tenía una fuerte formación escolar y cultural, Vasconcelos conjugaba aquí esta formación (y, sin duda, su proyecto personal) con su experiencia como actor político en un momento único de la historia de México: concluida la fase armada más aguda, se le presentaba a una generación la oportunidad de construir o reconstruir instituciones para un tiempo verdaderamente largo.

En estos años, el actor político que fue Vasconcelos se situó en la cúspide de su propio pensamiento y lo superó, antes de que, en muy pocos años, el actor quedara marginado y el pensador y el memorialista trataran de compensar esa marginación, a veces perdiéndose en el ofuscamiento o en los laberintos de su propio sistema de creencias.

Ahora bien, la búsqueda obsesiva de la unidad nacional ya estaba en Justo Sierra. El maestro nació en 1848, año del ominoso Tratado de Guadalupe Hidalgo, que firma y afirma la pérdida de dos millones de kilómetros cuadrados. La sensación de extravío y de amenaza acompañó al México de los dos últimos tercios del siglo XIX y una parte del XX.

Si se analizaban las causas de tantos desajustes y desastres, saltaban de inmediato a la vista la dispersión y la descoordinación de los distintos grupos étnicos, con clarísima desventaja para las poblaciones originarias. Por ello, tanto Sierra como Vasconcelos tomaron medidas para extender los beneficios de la instrucción y de la educación a sectores hasta entonces tratados de modo francamente insatisfactorio: niños, mujeres, poblaciones originarias.

Vasconcelos sintetizó el balance del México porfirista en una estampa mexiquense de 1910, a unas semanas de la Revolución; aquí se entrevé un racismo que contradecía un ánimo integrador, incluso unificador y hasta cierto punto homogeneizador:

Por el paseo toluqueño desfilaban indios embrutecidos bajo el peso de su cargamento, que no saludaban por timidez, y propietarios en coche que no saludaban por arrogancia.

Entre ambos, una clase media desconfiada, reservada, silenciosa, empobrecida. (Vasconcelos 1960, p. 547)¹

Claude Dumas, biógrafo de Sierra, añade que se partía de la “convicción generalizada” de que era inútil todo intento de integración. De esta parálisis se desprendía un estereotipo que ya denunciaba el reportaje *México nuevo* en aquel abril: se culpaba a millones de compatriotas únicamente por su procedencia. Y, en todo caso, no olvidemos que los liberales a quienes alude Velasco fueron conducidos por dos presidentes indígenas: Benito Juárez (de 1857 a 1872: 15 años) y Porfirio Díaz (de 1876 a 1911, con una pausa entre 1880 y 1884: 31 años): el liberalismo en el poder, muy matizado y hasta contrapesado por el cientificismo de los positivistas y por los equilibrios de Díaz, con concesiones a los conservadores, vivió la paradoja de que lo concretaran dos indígenas oaxaqueños, provenientes de los márgenes de la sociedad y de la geografía. A esto se refiere François-Xavier Guerra en su libro *Del Antiguo Régimen a la Revolución*.

Por lo demás, Sierra había fundado “escuelas en medios autóctonos” y promovía una “Sociedad Indianista”, cuyo primer congreso se realizó en octubre de 1910; aun así, estos intentos llegaban demasiado tarde o, más bien, llegaban sin el contexto adecuado, pues la última reelección de Díaz quitaba toda esperanza de una sucesión presidencial mínimamente participativa y consensada (Dumas 1986, p. 405).

Entre las acciones de Vasconcelos en 1921 se encuentra la fundación de la Escuela de Verano con el propósito de enseñar español a norteamericanos y a aquellos mexicanos que tuvieran una lengua materna distinta al idioma oficial. Esta escuela impartió “en esos años cursos dirigidos a profesores e inspectores escolares mexicanos dependientes del Departamento Cultural e Indígena” (Carreño Alvarado 2018). Vasconcelos

¹ Citado en Dumas 1986, p. 404. Se me ha hecho ver que fue tras su derrota en 1929 que Vasconcelos comenzó a hablar de “indios embrutecidos” y de “raza irredenta”, culpable del “atraso político y cultural de México”. Se me indica como fuente el clásico volumen de John Skirius *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*. Para 1921, los indígenas aún habrían sido para él una “reserva moral”, si bien integrados a la vida urbana y aun así capaces de “indigenizarnos”. Esta paradoja —se me señala— es asimismo perceptible en Manuel Gamio y su *Forjando patria*.

expuso su preocupación “de cómo planificar y estructurar la educación en nuestro país, integrando en ella a las comunidades rurales. [...] Así, estableció las escuelas rurales con el fin de unificar al país culturalmente” (INAFED 2017). Aquí tenemos a un actor político que sabe situarse por encima de sus propios prejuicios negativos y sus sesgos ideológicos e incluso étnicos (racistas): en estos vertiginosos “años del águila” (según frase de su biógrafo Claude Fell), Vasconcelos nos da una lección y se la da a sí mismo. Y es que, para actuar acertada y magistralmente, a veces hay que superar los límites del propio pensamiento y de las pulsiones y pasiones, poniendo uno y otras al servicio de “un tercero superior”.

Por todo ello, mi lectura aquí y ahora del lema, sin negar su racismo, no enfatiza la exclusión, sino una integración y unificación conscientes y explícitas en el marco y con los conceptos de los que disponían las élites educativas mexicanas, representadas por las dos figuras más importantes en la historia de la Universidad: el campechano Justo Sierra (1848–1912) y, en una generación siguiente (34 años más joven), el oaxaqueño José Vasconcelos (1882–1959).

Ante pérdidas territoriales y anímicas, ante guerras civiles como fruto de diferencias políticas e ideológicas que dejaban intactos (o más bien agravaban) los problemas sociales y económicos, ante el agotador y agotado empeño de estas dos figuras (ambas con influencia, pero carentes del poder presidencial) y ante un panorama geográfico y demográfico tan desigual (apenas atenuado por algunas líneas de ferrocarril), la idea de una sola nación bajo un sistema educativo completo, amplísimo, era un hilo de Ariadna que, para Sierra, uniría a México y que, para Vasconcelos, uniría a América Latina.

En síntesis, no es imposible reconstruir otras trazas, otro subsuelo del lema, aparte de los que atiende Velasco. Vasconcelos lo hizo explícito, sobre todo pocos años después con *La raza cósmica*, que en 2025 cumplió cien años: la raza (concepto muy bien desmontado por Velasco) es un vasto conjunto humano al que por primera vez alguien le ve suficiente fuerza y lo llama a dirigir el mundo, mientras que el espíritu es el universo o, si se quiere, lo universal. Escribe Adam Smith en *La teoría de los sentimientos morales*:

Aunque nuestros buenos oficios efectivos en muy contadas ocasiones pueden extenderse a una sociedad más amplia que la de nuestro propio país, no hay fronteras que circunscriban nuestra buena voluntad y pueda abarcar la inmensidad del universo. (Smith 2019, p. 408)

El gran moralista y economista inglés nos está diciendo que nada nos impide ser universales, por más que con muchos trabajos abarquemos nuestro país.

Aquí podemos insertar el siguiente pasaje de Velasco:

Con base en la noción bergsoniana de espíritu como energía creadora, Vasconcelos escribió *La revulsión de la energía*, publicado en 1924. En este texto se define la revulsión “como un cambio del sentido de la trayectoria de la energía [...] que vuelve sobre sí misma, y asciende en espiral”. (Velasco 2026, p. 15)

En contraste con la materia, el espíritu se expande continuamente en espiral hacia lo universal:

en la materia, el movimiento es siempre giratorio, y en el espíritu, en cambio, el movimiento se resuelve siempre en espiral. El símbolo de lo físico es el círculo que eternamente recorre los mismos puntos [...] el alma, en cambio, solo puede ser representada por la espiral que asciende abarcando a cada paso más universo, huyendo de la esfera [...]. (Vasconcelos 1924, p. 9)

Aunque la discusión sobre el concepto de “raza” es necesaria y muy pertinente, ello no debe dejar en segundo término la búsqueda de Vasconcelos, entorpecida a veces por él mismo al hacer afirmaciones que eran más fruto de la rabia o la impaciencia o la ambición desmesurada que del pensamiento reposado y ecuánime: alguien creía en América Latina y casi resucitaba una institución educativa y la llamaba a ser la punta de lanza de una visión y casi más bien de una cosmovisión geopolítica, mientras la Revolución mexicana se consolidaba como gesta constructiva y ya no destructiva.²

2

En todo caso, ni “raza” ni “espíritu” eran las únicas opciones. Especulemos un poco imaginando una escena. Quizá Vasconcelos, sentado ante su escritorio o paseando por Chapultepec, Reforma o por la Avenida Jalisco, hubiera preferido escribir “Por mi patria hablará el espíritu”. ¿Cómo? ¿Por qué? Cierta día, eso sí, se frustró al ver las banderas latinoamericanas en un recinto internacional: quería una sola, emblema de los Estados Unidos del Sur con los que soñó Simón Bolívar, a quien recuer-

²Se me ha señalado que la idea no era de Vasconcelos: ya la había expuesto el pensador progresista chileno Francisco Bilbao Barquín (1823–1865). Así se explica en Roig 1978.

da Velasco. La integración vasconcelista, en fin, desbordaba a México y abarcaba un conjunto humano que él vislumbraba como patria o, mejor, como energía única, integrada, poderosa en lo político, lo social, lo económico y cultural gracias a una misma herencia y una misma lengua.

De hecho, poco después, en aquellos años veinte, publicó, como digo y como lo recuerda Velasco, *La raza cósmica*: América Latina llegaba con una energía nueva a convertirse en una guía para el mundo. Hoy que advertimos el poder económico de la Unión Europea, así como sus problemas derivados en parte de las carreras tecnológicas y armamentistas, podemos imaginarnos las reticencias internas y externas ante semejante proyecto: ningún presidente o líder latinoamericano ha conseguido acercarnos a la Unión Latinoamericana. El fracaso ha sido absoluto. El esfuerzo de Vasconcelos iba en esa dirección.

Quizá él pensó en algo como “Por mi patria hablará la civilización”. Y es que “espíritu” tenía un carácter civilizatorio que se advierte en las sucesivas reflexiones seculares de Sierra, de Rodó, de él mismo y de más de un coetáneo respectivo.

Ahora bien, hasta donde mis luces alcanzan, el análisis del lema se concentra en dos palabras y se desentiende de las otras cuatro: “Por” “mi”, “hablará”, “el”. Mal hará un filólogo si las pasa por alto.

Vasconcelos es el memorialista más prolijo de México, y el primer tomo de sus recuerdos se llama *Ulises criollo* (1935). Tal vez por ser una personalidad tan consciente de su propia valía, tal vez —sí— por un eco del individualismo liberal, tal vez porque la educación es un proyecto colectivo, en efecto, y sin embargo es, a fin de cuentas, un empeño de la persona, Vasconcelos escribió “Por *mi* raza hablará el espíritu” y no “Por *nuestra* raza hablará el espíritu”, aunque así dejara un poco al margen el carácter comunitario del espíritu.

A su vez, el “Por” separa el lema del habla común. No estamos ante un mensaje cotidiano que hubiera preferido el esquema frecuente de sujeto + verbo + complemento: “El espíritu hablará por mi raza”. La sintaxis elegida nos coloca en un ámbito lingüístico de excepción, con un monosílabo de sonidos y consonantes fuertes. La bajísima recurrencia de tal sintaxis fortalece la personalidad del lema.³

³Klaus Meyer-Minnemann (1991) nos hace ver que, a fines del XIX, se produjo entre novelistas finiseculares la tendencia a concebir títulos que comenzaban con preposiciones o que eran frases adverbiales; un ejemplo latinoamericano sería *De sobremesa*, de José Asunción Silva. Queda la posibilidad de que el joven Vasconcelos —con 18 años al concluir el siglo— conservara un eco de esta tendencia procedente de Francia.

Y llegamos al verbo: hay una acción verbal. Durante sus primeros diez años la Universidad fue apenas poco más que palabras en medio de los años más violentos y definitivos de la Revolución mexicana: siete presidentes se sucedieron; dos fueron asesinados; uno era golpista y usurpador y, por supuesto, ilegítimo (en *La tormenta*, Vasconcelos nos dice que lo llamó “general”, no “presidente”, y que se negó a darle la mano en Palacio, aunque tanta insolencia pudo costarle la vida); hubo tiempos de dos mandos supremos en bandos opuestos; hubo convenciones; hubo una constitución política... El rector Vasconcelos, designado en 1920 por el presidente Adolfo de la Huerta, llegó a darle consistencia a la Universidad con el requisito de que se abocara al fortalecimiento de la obra de la Revolución y extendiera sus efectos a los demás niveles educativos: se creaban las condiciones para el nacimiento de una Secretaría de Educación Pública.

En todo este entorno, “hablar” se volvía decisivo. Como el magno orador que fue Sierra, Vasconcelos vivió el “habla”, el “hablar”, como la única arma disponible en un ambiente de militares, persuasivos con el fuego. Abogados ambos, palabras nunca les faltaron: sabían tejer convencimientos desde las leyes y desde la creación o modificación de ellas. Y, sin duda muchas veces, por contar solamente con tan precario y tan poderoso instrumento, el oaxaqueño llegó a excederse e incurrió en aseveraciones que además con los años, como es muy sabido, fueron radicalizándose hasta volverse él mismo de extrema derecha, fascista e incluso simpatizante del nazismo.

Volvamos ahora al corolario, importante para la filología, sobre todo en los análisis de pragmática de los actos de habla y de lingüística histórica: las palabras pueden ser tan dinámicas o incluso inestables en su significado como los hablantes lo decidan. El doctor Velasco desmenuza los significados de los términos “raza” y “espíritu”, los sitúa en su contexto histórico y cultural y llega a conclusiones muy fuertes, como cuando asevera que “Con el paso del tiempo, el mestizaje de la raza cósmica se volvió más hispanista, racista y genocida hacia los pueblos indígenas” (Velasco 2026, p. 12).

En primer lugar, si hablamos del contexto histórico, entonces advirtamos que los “años del águila” de Vasconcelos (1920–1924) fueron de tal manera intensos que, sobre todo tratándose de una personalidad tan enérgica como la suya, el Vasconcelos de 1921 no era, ni podía ser, el Vasconcelos de 1925 ni mucho menos el de 1937 (Velasco cita palabras de este año): en 1921 tenía poder; en 1925 lo había perdido, y le quedaba el poder

ciudadano de la palabra en un libro, poder incomparablemente inferior al político, aunque hay libros que trascienden a miles de individuos que tuvieron notable influencia en algún momento específico y fugaz.

En 1937 tenía ya tiempo de haber perdido las elecciones presidenciales de 1929 frente a una maquinaria que empezaba a aceptarse y que crecería y se extendería hasta finales del siglo xx mexicano. Vasconcelos había vivido en las entrañas del monstruo y no podía llamarse a engaño: en 1925 era un marginado; le quedaba entonces la campaña; tras la campaña no tuvo esperanza alguna y se radicalizó. Todo lo que ya no podía hacer con la acción constructora, quiso hacerlo con la pura y simple palabra. Y el enojo es muy visible: basta leer los tomos posteriores al *Ulises criollo* y, si acaso, a las páginas iniciales de *La tormenta*.

Tampoco su obra como filósofo estaba teniendo la recepción que deseaba. Las ambiciones de su pluma eran tales que en un par de pasajes citados por Velasco se delata una idea de la historia, de la antropología y de la demografía con pretensiones de validez para el porvenir del planeta en pleno. Si Vico visualizó ciertas circularidades en los patrones de la historia, si Hegel vislumbró patrones dialécticos de tesis, antítesis y síntesis y si Nietzsche prefirió el eterno retorno de lo idéntico, mientras Darwin se resignaba a una selección no exenta de violencia para los más vulnerables, el mexicano no podía quedarse atrás: resolvió el futuro del mundo mediante una “selección” que se basaría en la estética y mediante las ya citadas reflexiones en torno al espíritu.

Y es así como se explica el tiempo futuro de “hablar” en el lema: “hablará”. Ya Bergson se preocupaba porque volvemos espacio al tiempo. El tiempo es un territorio que deja conquistarse, como cuando el ambicioso Julio César le puso a un mes su nombre, y Augusto no quiso quedarse atrás: los territorios del tiempo son más apetecibles que los del espacio, por ser más universales, y su conquista es más duradera. El imperio romano se esfumó hace muchísimo, y julio y agosto siguen llamándose como se llaman.

Pues bien, de los tres presentes básicos de Agustín de Hipona, el presente del futuro es el más atractivo, pues nadie puede decir que ya lo ocupa y lo posee: está despoblado, aunque deambulen por allí proyectos, expectativas y deseos acaso un poco como zombis y fantasmas. Y si a Vasconcelos le quitaban el presente del poder, le quedaba el presente del futuro, pero no se lo guardó para sí: lo dejó a cada persona que pueda valerse del adjetivo posesivo “mi”, esto es, nos lo dejó a todas las personas.

Asimismo, el lema guarda cierta resonancia del Logos milenario: “Por mi causa hablará el Logos”, “Por mi boca hablará el Logos”.

Y es así como el lema se deja analizar cuando abarcamos sus seis palabras y repasamos el orden de las mismas y atisbamos la historia de su recepción.

A propósito de esta historia, un lema que ha pervivido por tanto tiempo no tiene un efecto racista o genocida si hasta ahora no lo ha mostrado en absoluto, aun cuando lo sustentara un pensamiento del cual podría extraerse alguna resonancia de este tipo. Las palabras están allí, y somos las personas quienes disponemos de ellas, aunque es cierto que, como temía Roland Barthes, la lengua llega a ser fascista allí donde nos obliga a decir lo que no queremos: la lengua, como sistema, como institución, posee sus propias dinámicas.

Además, un lema casi se instala en el sistema de la lengua, mientras que es el habla concreta y diaria, específica, situacional, la que hace que el lema se actualice con una intención u otra, como sucede con todas las palabras que empleamos.

Intención. Sí. He allí una clave. Evidentemente Vasconcelos no tenía intenciones genocidas al elegir el lema cuatro años antes de publicar *La raza cósmica*. Y nadie desde entonces lo ha empleado como bandera para cualesquiera propósitos negativos: no se sabe de persona alguna que en algún momento de estos últimos cien años haya salido de una solemne ceremonia en el campus con el propósito de conquistar el este de Europa.

El oaxaqueño lo escribió con los conceptos de que disponía entonces, menos numerosos y menos diferenciados que los de hoy. Y es que, sí, ahora nos pasa con los conceptos lo mismo que sucede con la economía: Adam Smith elogió la especialización como fuente de riqueza; economistas del siglo xx lo advirtieron: si las especialidades no se coordinan, no crecerá la riqueza. Hoy tenemos conceptos altamente especializados y diferenciados, más que hace cien años, y si no los coordinamos y articulamos adecuadamente no tendremos un pensamiento vivo y activo, energético.

Muy conscientes están los hablantes del carácter dinámico de todos los vocablos, incluidos aquellos lemas que ya parecen vocablos de tan unidas que están las palabras unas con otras y ya parecen, en efecto, formar parte del sistema de la lengua más que del habla; tan conscientes están que el doctor Enrique Graue solía modificar el lema cuando terminaba sus alocuciones: “Y que por nuestra raza siga hablando el espíritu”. El “mi”

se vuelve “nuestra”, y esta vez no es el “hablará”, sino el “siga hablando”, pues somos el futuro de Sierra y de Vasconcelos, y ellos y los miles de mujeres y varones que los apoyaron mirarían con alegría, interés y quizá con alguna inquietud específica en qué se han convertido sus proyectos.

Y es así como la estructura sintáctica de “Por mi raza hablará el espíritu” admite variaciones sin que se pierda el espíritu o el ánimo o, como escribe Ambrosio Velasco, el alma.

Hacia 1955 el joven filósofo inglés John L. Austin —héroe de guerra apenas once años antes cuando, el 6 de junio de 1944, participó en aquel desembarco en Normandía que salvó a la civilización— pegó un manotazo en la mesa de la filosofía: hay enunciados puramente constataivos y hay enunciados performativos o realizativos.

Las promesas son ejemplos de estos últimos. El lema de la Universidad tiene algo de promesa, de energía futura. Merecería entonces analizarse entre los performativos o realizativos y no tanto entre los constataivos. Los realizativos se miden más bien, nos avisa Austin, conforme al péndulo exitoso/fracasado y no conforme al péndulo verdadero/falso, propio de los constataivos.

Escribe Velasco:

Incluso, en fechas recientes, planteé en el seno del Consejo Universitario la necesidad de revisar el lema, pero no hubo una respuesta favorable. Por el contrario, se manifestó un rechazo contundente sin razones, más allá del señalamiento de que había que conservarlo por su mera antigüedad, tradición y la supuesta identificación de la comunidad universitaria con su lema. En todo caso, el reconocimiento o modificación de tradiciones auténticas sólo pueden sostenerse con base en la discusión plural y razonable. (Velasco 2026, p. 2)

Recordemos también la diferencia entre significado y sentido: Ambrosio parece preguntar por el significado como una vía hacia el sentido; la respuesta “contundente” del Consejo parece apuntar al sentido que aporta el uso sin detenerse en el significado. Este último se ancla, efectivamente, en un México que ya desapareció y en un mundo para el cual la noción de raza aún no era tan problemática como ahora.

3

¿Hay entonces un desajuste entre el lema y la vocación pluricultural del pensamiento novohispano en las figuras que Velasco señala? ¿El desajuste se proyecta además hacia nuestro aquí y ahora? La respuesta, me parece, es positiva en ambos casos.

Mi visión de la ética y la bioética, esto es, mi visión de los lazos entre los seres humanos e incluso entre los seres humanos y los seres vivos, incluye las nociones de *desajuste* y *desarticulación*. Planteo al menos doce tipos generales de desajustes que marcan la vida cotidiana de toda persona y de toda comunidad o sociedad; los desajustes lingüísticos son un tipo. Una mediación adecuada resuelve desajustes rearticulando la interacción humana, tanto verbal como física. Entonces, los desajustes son parte de las dinámicas de la vida y suelen resolverse mediante adecuaciones pragmáticas sobre la marcha.

La pragmática de los actos de habla puede enseñarnos que, como hablantes y como oyentes, aceptamos constantemente desajustes del tipo “Facultad de Filosofía y Letras” para una entidad que incluye también Pedagogía, Historia, Geografía, Estudios Latinoamericanos y Bibliotecología. Y “normalizamos” estos desajustes por el peso específico del sentido práctico, vale decir, pragmático, de la comunicación: el habla va resolviendo los desajustes en dos sistemas: el lingüístico y el institucional. El habla se vuelve mediadora. Igualmente, prevalece en estos casos el principio o máxima de economía: sería imposible un nombre que abarcara todas las carreras.

Es verdad que ante un lema no predominan los criterios de sentido práctico y del principio o máxima de economía: un lema no se enuncia en situaciones comunicativas informales, cotidianas, ordinarias. Nadie intercala en una conversación entre amigos la oración “Por mi raza hablará el espíritu” y sigue charlando: el lema está escrito en el escudo y en documentos oficiales y se enuncia en situaciones comunicativas solemnes, esto es, rituales, donde la enunciación en sí llega a ser más importante que el enunciado. Por añadidura, un nuevo lema podría ser más breve o del mismo número de palabras o de una o dos más que el vigente.

Ambrosio Velasco habla de antigüedad y tradición. La antigüedad del lema es indudable; la tradición no debe ser sinónimo de mera antigüedad, de mero paso del tiempo, sino un traer lo vivo del pasado, como lo muestra Hans-Georg Gadamer a partir del término *Überlieferung*: una especie de envío y entrega (*Lieferung*) pasando (*über*) por encima (de los años); la “identificación de la comunidad universitaria con su lema” es muy dudosa o por lo menos fugaz e inestable, entre otras causas porque hay una automatización en los rituales.

Vayamos ahora al acto de enunciación de Velasco en el Consejo Universitario y en su escrito: resulta valiosa la intervención del doctor

en el mayor cuerpo colegiado de la Universidad porque desautomatiza la repetición del lema y cumple una tarea fundamental de la filosofía: preguntarse por el sentido de las cosas. Una repetición mecánica, en el marco de un rito hecho rutina, amenaza con vaciar de significado y de sentido las palabras.

¿Se nos antoja una última variación, quirúrgica por el mínimo de elementos fónicos modificados, casi una laparoscopia verbal? Hela aquí: “Por mi casa hablará el espíritu”. Somos, después de todo, la Máxima Casa de Estudios. A la vez, si el lenguaje es la casa del ser, según la famosa frase de Martin Heidegger, entonces habitamos aquello que Carlos Fuentes llamó el Territorio de la Mancha: los vastos dominios de la lengua española, tercera en el mundo por sus hablantes y segunda por su distribución geográfica.

Referencias bibliográficas:

- Carreño Alvarado, Gloria Celia, 2018, “Una ventana de la cultura mexicana hacia el mundo. De la Escuela de Verano al Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM”, *Correo del Maestro. Revista para Profesores de Educación Básica* (en línea). <https://revista.correodelmaestro.com/publico/html5122018/capitulo3/una_ventana.html (consulta del 1 de noviembre de 2025)>
- Dumas, Claude, 1986 [1975], *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 tomos, trad. C. Ortega, UNAM, México.
- Hale, Charles A., 2002 [1989], *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, trad. P. Jiménez, Fondo de Cultura Económica, México.
- Instituto Nacional para el Federalismo y el Desarrollo Municipal (INAFED), 30 de junio de 2017, “Escuelas rurales. El concepto educativo de José Vasconcelos para unificar culturalmente al país”. <<https://www.gob.mx/inafed/articulos/escuelas-rurales-el-concepto-educativo-de-jose-vasconcelos-para-unificar-culturalmente-al-pais-114595>>
- Meyer-Minnemann, Klaus, 1991, *La novela hispanoamericana del fin de siglo*, trad. A. Vital Díaz, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rodó, José Enrique, 1900, *Ariel*, Dornaleche y Reyes, Montevideo.
- Roig, Arturo Andrés, 1978, *Los ideales bolivarianos y la propuesta de una universidad latinoamericana continental*, UNAM-Coordinación de Humanidades/Centro de Estudios Latinoamericanos/Facultad de Filosofía y Letras, Mexico.
- Skirius, John, 1978, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, trad. F. Blanco, Siglo XXI Editores, México.
- Smith, Adam, 2019 [1759], *La teoría de los sentimientos morales*, trad. y estudio preliminar C. Rodríguez Braun, Alianza Editorial, Madrid.

Velasco Gómez, Ambrosio, 2026, “El lema de la UNAM ante la nación mexicana”, *Diánoia*, vol. 71, núm. 96, e2232. <<https://doi.org/10.22201/iifs.18704913e.2026.96.2232>>

Vasconcelos, José, 1960, *Ulises criollo*, en *Obras Completas*, t.1., (Colección Laurel), Aguilar, México.

Vasconcelos, José, 1924, *La revulsión de la energía*, Editorial Botas, México.

El presente trabajo se realizó con el apoyo del Programa de Apoyos para la Superación del Personal Académico (PASPA), financiado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el marco de la estancia de investigación que quien aquí suscribe lleva a cabo en la Universidad Complutense de Madrid entre junio de 2025 y junio de 2026, gracias a los incentivos brindados por el citado Programa.